

ADIÓS A LOS HÉROES

REYNEL SALAS VARGAS

Miembro Numerario – Academia Huilense de Historia

Hace algún tiempo dije, al referirme a la historia de la Academia, que los promotores de su restablecimiento, -cosa que ocurrió en 1956 cuando se creó el Centro Cultural del Huila-, estaban animados por el concepto de patria y libertad que dinamizó a los intelectuales de occidente durante la Segunda Guerra Mundial y después de ella.



Tal afirmación la hice pública porque, como ustedes lo saben, dos de los temas prioritarios para los académicos eran el estudio de la gesta de la Independencia en nuestra patria, -sus guerras y batallas-, y la reacción de los nativos frente al invasor. Recordemos que los refundadores fueron discípulos de los maestros que se formaron al amparo de la celebración del Centenario de la Independencia y del Centenario de la Batalla de Boyacá. Además, a partir de los años veinte era popular el reconocimiento del indígena, de lo nativo.

Desde un principio, la Academia centró su preocupación en el conocimiento y promoción de los personajes de la historia nacional y departamental que tomaron parte en la Independencia. Por ello el interés por la vida y obra de Nariño, Bolívar, Santander, Acevedo y Gómez; así como por la lucha de los Salas Vargas, los Tello y los Díaz. El Congreso de Yaguará era un asunto vital y los pasos de Bolívar por el Huila un tema que apasionaba. Así se explica que haya dolido

tanto que la casa de Bolívar en La Plata la hubieran destruido. De esa época data la placa que colocó la Academia Colombiana de Historia cerca al río La Plata para conmemorar la batalla que tuvo lugar el 10 de julio de 1816.

Por estar ligado al proceso independentista regional, los miembros de la corporación se ocuparon de los Mártires de la Independencia y de los Comuneros de Neiva. Pero también dedicaron horas de La Gaitana, al igual que a la Guerra con el Perú. Al hacerlo destacaron el sacrificio de Cándido Leguízamo y Sósimo Suárez, entre otros, y se mostraron solidarios con los combatientes que sobrevivieron y que fueron olvidados por el gobierno. Prácticamente los miembros de la Academia fueron su voz ante el gobierno departamental, dolidos por la forma injusta como fueron tratados después de muchas promesas. El patriotismo era, en criterio de los iniciadores, un principio de identidad regional.

Al menos hasta la realización del Primer Congreso Departamental de Historia, en 1985, lo importante para la Academia eran los héroes que contribuyeron a la formación de la patria colombiana y al ser libertario del pueblo del Alto Magdalena.

La lucha contra el avance del nacional socialismo, que implicó la pérdida de miles de vidas para liberar las naciones de la fuerza militar de Alemania, Italia y Japón, condujo a Gilberto Vargas Motta, a Jorge Andrade Rivera, a Miguel Ángel Díaz, a Arturo y Tulia Espinosa Célis, entre otros, a pensar el Huila como una patria que se hizo libre gracias al sacrificio de muchos hombres que concurrieron al lado de Bolívar y Nariño al logro de la causa.

Para quienes nos precedieron en la Academia, los poseedores originarios de esta tierra habían nacido libres, y la poseían libremente. Por ello es justo que hubieran rechazado a los invasores, quienes obraron contra la ley natural a pesar de portar los estandartes de la Santa Madre Iglesia Católica. Aunque esta gesta guerrera la llevaron a cabo los aborígenes, los fundadores apreciaron que ella continuó cuando los hijos de los peninsulares empuñaron las armas porque sabían que tenían derecho a gobernarse autónomamente.

En esta tendencia bélica encontramos el interés que desde un principio demostraron los oficiales del Batallón Tenerife y luego también los

de la Novena Brigada por pertenecer a la benemérita institución que centraba su preocupación intelectual en las acciones armadas que dieron origen legal a la existencia de una patria y en la defensa de ella. Todos los pueblos, cuando se consideran agredidos salen a la defensa de su patria. Así procedió la humanidad en el pasado y así procedió Europa y Estados Unidos a mediados del siglo XX. Así habían procedido, por ejemplo, Francia, Gran Bretaña y Rusia.

Los estatutos actuales de la Academia Huilense de Historia, a pesar de las transformaciones que ha experimentado la corporación en los últimos 25 años, conservan esta tendencia. Por ello dos de las cuatro fechas especiales que ordenan celebrar con toda dignidad se refieren a hechos de guerra: la Proclamación de la Independencia Absoluta de la Provincia de Neiva y el día de los Mártires de la Provincia de Neiva.

La tendencia que aún anima a la Academia Huilense de Historia estuvo vigente en el pensamiento oficial y entre la sociedad colombiana hasta hace poco. Empero, las cosas han cambiado en el ámbito nacional. Primero fue el gobierno central y últimamente la sociedad por influencia del gobierno nacional.

A partir de los años ochenta la clase de historia, al menos como se entendía en las escuelas y colegios, -relación de fechas, de guerras y de héroes-, dejó de ser importante para el currículo que diseñó el Ministerio de Educación Nacional. Sin embargo, el cambio mental para hacer de las acciones de guerra un asunto secundario comenzó a consolidarse en los últimos años. Ahora, la patria que se consiguió con el sacrificio de la vida de sus hijos se sostiene con base en el respeto al derecho y esto implica, ante todo, negociación y acuerdo.

En el último cuatrienio hemos asistido a un cambio sustancial. Al amparo de la mesa de negociación de La Habana que el gobierno instaló para procurar un acuerdo con la insurgencia representada en las FARC-EP, con quienes durante cerca de cincuenta años habían sido considerados enemigos de la democracia, porque su fin era subvertir el orden establecido mediante la combinación de todas las formas de lucha, morir por el ideal de una sociedad que había escogido una forma de gobierno y un modelo social y económico dejó de ser un acto de heroísmo.

Recuerdo las honras fúnebres que se celebraron en la Catedral de Neiva para despedir al sargento Jaime, quien murió en un enfrentamiento con la guerrilla, cuando su esposa estaba embarazada de su primer hijo. El gobernador era nuestro colega de la Academia, el doctor Antonio José Villegas Trujillo. El sargento Jaime fue declarado héroe ante una iglesia colmada de militares, funcionarios públicos y ciudadanos que se compadecían del dolor de la joven esposa, Betty, quien se vio en la obligación de tener sola a su hijo y sacarlo adelante, como en efecto lo hizo.

Durante la campaña electoral pasada observamos cómo el concepto sobre lo que implica el servicio militar había cambiado en algunos de quienes aspiraban a gobernar el país. El mensaje era claro: el padre o la madre de familia no debían prestar los hijos para la guerra. Para el efecto, los candidatos se comprometían a parar la guerra para que los padres de familia no tuvieran que facilitar sus hijos para esas acciones.

La lucha contra la subversión, las acciones armadas para impedir el progreso y el ascenso de quienes aspiraban a tomarse el gobierno mediante el uso de las armas y otras formas de lucha dejó de ser una reacción para defender las instituciones y para salvaguardar la integridad de la patria. Las acciones del Ejército Nacional contra la guerrilla comenzaron a verse como la expresión de la barbarie, como la manifestación de un pueblo que no es capaz de dialogar, como la intervención de una sociedad que no respeta los derechos de los otros, de los disidentes. Internarse en las montañas y perseguir al guerrillero que atendiendo las órdenes de sus jefes secuestra, atenta contra la infraestructura, extorsiona, asesina, narcotrafica pasó a ser la negación de las posibilidades del diálogo y de negociación que posee la sociedad moderna.

Desde esta perspectiva, los padres que animen a sus hijos a pagar el servicio militar están contribuyendo con la barbarie. Hacer que el hijo cumpla con la obligación de prestar el servicio militar se convirtió en una decisión que conduce a la sociedad a negarle sus oportunidades futuras, pues ellas han estado en peligro por culpa del conflicto armado que nadie quiso parar antes.

El discurso patriótico que invitaba a los ciudadanos a ofrecer unos meses de su vida para asegurar la supervivencia de la patria se quedó

sin contenido. Así, el espacio para el heroísmo, que en la concepción aceptada por occidente radica en la defensa de la integridad de la patria, -entendida como integridad del territorio e integridad del sistema político y económico- se acabó, al menos entre nosotros, los colombianos. El héroe de guerra dejó de existir, porque nada, ninguna causa justifica las acciones armadas entre hombres civilizados.

El pasado 27 de los corrientes, Julio Sánchez Cristo, de la emisora Doble W, entrevistó al general en retiro, Mora Rangel, uno de los negociadores del gobierno en la búsqueda de acuerdos con las FARC-EP. Ante una pregunta del entrevistador, el general dijo, a las 7.25 de la mañana, que las Fuerzas Armadas habían concurrido a la mesa de negociación de La Habana por dos razones. Primero: por el dolor de los militares muertos, por los heridos y por los mutilados en los combates. Segundo: por los militares que estaban presos en las cárceles.

La respuesta del oficial nos coloca ante una nueva realidad: el concepto de heroísmo tiene hoy en día una nueva connotación. Quienes hemos llevado la palabra en los actos relacionados programados para exaltar las acciones heroicas de nuestros soldados en el pasado de la historia nacional o regional, como el que pronuncié en el cementerio de Gigante ante la tumba de Sósimo Suárez, hemos demostrado que manejamos otra idea del héroe. Ese 23 de marzo de 1984 yo afirmé, entre otras cosas, que ni el dolor, ni las penas, ni la vida misma habían minado la convicción de nuestros soldados para luchar en la selva amazónica, con tal de conseguir la victoria de la patria, que no era otra que conservar su integridad territorial. Igual cosa nos han escuchado decir quienes han concurrido a la ceremonia que realizábamos cada año en el Parque Santander, frente al obelisco a los mártires de la Independencia.

No podemos negar que el héroe que hemos idealizado en nuestros discursos no tiene vigencia en esta época. Todo parece indicar que sólo queda el espacio del deporte, del cuidado de naturaleza, de la generosidad ante el dolor de la sociedad o de una parte de ella, los más desprotegidos, para apreciar acciones heroicas. En dichos espacios todo se da por la patria, por la bandera, por la emoción de hacer que se entone el himno nacional a la vista de todos.

Y ahora viene la pregunta crucial: Cuando el espacio para el heroísmo

alcanzado por las acciones militares en el campo de guerra ha dejado de existir, ¿cómo puede la Academia Huilense de Historia atraer el interés de la ciudadanía para la conmemoración del día de los mártires neivanos, por ejemplo, si su martirio es el producto de una guerra y la guerra es detestable y debe evitarse? ¿Cómo llevar a la ciudadanía al fervor patrio sobre la base de las muertes que deja la guerra? Ese un mensaje que ya no tiene soporte axiológico dentro de la comunidad que ha sido preparada mentalmente para rechazar todo acto de guerra. Ahora me explico por qué una campaña de dos años para lograr la digna celebración del Bicentenario de la Batalla de La Plata no tuvo ninguna acogida ni en el gobierno, ni en las academias ni en la sociedad.

Mi conclusión es clara: el papel de la Academia será más apropiado y acorde con los tiempos si se dedica a estudiar y divulgar procesos sociales, políticos y económicos que contribuyan a comprender, en mejores condiciones, los fenómenos que vive la sociedad actual, a fin de que los ciudadanos actúen con criterio racional y no con impulso emocional. Si se trabaja en esta dirección podríamos aclarar preguntas, como las siguientes: ¿En qué momento y bajo qué circunstancias los asesinos, terroristas, narcoguerrilleros, como los llamaban los gobernantes, los militares y los jefes de redacción de los periódicos y noticieros dejaron de ser tal cosa? ¿Cómo los enemigos de la democracia, como los llamaban los editoriales de los periódicos, pasan a ser demócratas? ¿Sólo era necesario dejar las armas y dejar de combinar todas las formas de luchas para buscar un espacio en la arena de la democracia? ¿Cuál es la causa para que quienes enseñaron durante cincuenta años a ver en los guerrilleros de las FARC-EP a unos enemigos hoy pidan que se les vea como ciudadanos comunes y corrientes? No creo que conmemorando el aniversario de los Mártires, por ejemplo, sea posible hallar explicación a estas preguntas. Si no estudiamos nuestra vida colectiva, en la que sobresale la injusticia, el abandono, el desplazamiento, la corrupción, la mentira, el despojo y los personalismos, para no citar sino algunos fenómenos, no será posible entender cambios tan drásticos. Además, su estudio podrá explicar por qué hay tanta poca fe en muchos ciudadanos ante los asuntos públicos.